

Luis Toro Ramallo

Destierro

(Un cuento boliviano)



A llegó la volanda. Dos mulas rezongan sonoramente a la sombra del muro ranchero.

Sol. En la Altipampa reverbera el sol.

Por los caminos y a través de la estepa, viaja el polvo en altas columnas y a lo lejos abren los espejismos sus mirajes de ilusión.

—¡Al coche...!

La orden ruda y seca contrae la boca aymarará del oficial de policía. Y parten las mulas en trote lento por el camino que como una franja blanquecina, cruza el poncho amarillo y rojo del paisaje.

Nadie habla. ¿Para qué? Unos cumplen un destierro y otros cumplen órdenes. No hay nada que decir.

El cautiverio ha sido largo y lento, pero ha sido dulce en ese pueblo ocre cruzado de viento. Días perdidos bajo el cielo alto y claro de la estepa andina. Horas extraviadas en los recuerdos y en los rencores.

Horas de proyectos lejanos, de ensueños fatigantes y de monólogos dispersos sobre el polvo de las callejas aldeanas.

Pero sin embargo...

Se alza la mole andina soberbia a la izquierda. Ondula la llanura y hay en los ojos la fatiga de las distancias.

—¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias...

El diálogo ha tratado de hilvanarse, pero lo mata el marasmo que infunde la tierra hosca y sobria, de trazos precisos, centelleantes. Roncan las mulas su fatiga. Suenan las piedras del camino. Una perdiz alza el vuelo despavorida y a lo lejos siguen temblando los espejismos.

Fatiga, fatiga, fatiga.

Y por fin, detrás de una colina, la estación, una estación perdida en la inmensidad con un nombre cualquiera, como puesto para que no se le recuerde.

Una hora de espera y llega el convoy, que se detiene entre los resoplidos de la máquina y el chirriar de sus fierros.

—Tengo que acompañarle hasta la frontera.

—Bueno...

Dos, tres pitazos y partimos lentamente, mientras la volanda tirada por las mulas panzudas retorna a la aldea que ya no podríamos decir hacia dónde quedó.

Seis meses de confinamiento han concluído. ¿Podré quejarme? La intención de mis enemigos ha sido aviesa,

pero la suerte me ha concedido una compensación que ahora me duele.

Jadea el tren por la estepa. Hay fuga de llamas que pastaban cerca de los andenes.

Me parece ver aún el rostro redondo de la Aurelia, cuajado en lágrimas.

—Te vas niño y no has de volver más...

—No, Aurelia, volveré. Las cosas cambiarán pronto, cuando menos lo esperan los que ahora atropellan desde el poder. Entonces volveré. No podría olvidar este pueblo, los días tristes y dulces que he pasado en él, ni podré olvidar que tus ojos llenaban la aldea.

Y se quedó la cholita triste, arrimada al tosco muro del último rancho, los ojos abultados por las lágrimas, pero contenido el sollozo, acaso por orgullo o acaso por rencor.

Ya podía analizar el desarrollo simple de ese amor. Afuera la Altipampa descorría sus lejanías.

Sí, Aurelia había sido para mí una compensación.

¡Quién sabe qué ideas, qué pensamientos cruzaron por su cabeza primitiva! ¡Quién sabe en qué héroe de leyenda me convirtiól!

Yo llegué hasta ella entre sayones, solo y hostilizado por cosas que ella no alcanzaría nunca a comprender, pero quien sabe cómo imaginó.

Y sus rubores, y sus solicitudes silenciosas, y sus miradas de soslayo cuando creía que yo no la veía, la denunciaron—pobre paloma torcaz llena de simpli-

cidad de sus lares—a mis antojos, a mis complejos, a mis perversidades y a mis descaros.

Iba a lavar al río, un arroyo más bien, que pasaba a unas cuadras de la aldea. El agua hacía remansos inmensos, pozas azules, como cansada. Las algas negruzcas flotaban quietas y en el fondo fangoso los bagres, como renacuajos gigantes, se adormecían al sol, que a través de las aguas cristalinas, llegaba hasta el fondo.

Hasta allí la seguí una tarde.

Airosa balanceaba sus caderas esbeltas bajo el peso del atado de ropa que llevaba sobre la cabeza. Su paso era firme y gracioso y era un poco hosca su alegría, parca y apasionada a la vez.

La seguí hasta el río varias veces y un día—golpeaba el sol de diciembre sobre la tierra roja—me miró largamente desde el borde del arroyo azul.

Le hice una señal, y limpiándose las manos en la pollera roja, se acercó lentamente.

Y no hubo palabras. Sobre la tierra blanda del fondo de un barranco, sus carnes duras y morenas jadearon en la entrega, mientras sus labios apretados, que no sabían besar, sólo articularon un ¡niño!, ¡niño! desfallecido.

Después ella me hacía la cama, me arreglaba torpemente la escasa ropa que había podido llevar, pero con una solicitud y una silenciosa humildad que siempre agradeceré.

Corrieron los días, las semanas y los meses y fué

la Aurelia mi sostén. Me habría vuelto loco en esa aldea de no estar ella allí, con sus grandes ojos negrísimo y su sonrisa cautelosa.

¿Qué será de la cholita ahora?

Temblaban en la distancia los espejismos y en la distancia del recuerdo temblaban las lágrimas de ella cuando la vi, por última vez, adosada al último muro de la aldea para verme partir, silenciosa y humilde, triste y dolorida como su raza.

—¿Un cigarrillo?

—Bueno.

—No le puedo ofrecer más porque no tengo dinero.

El policía se remueve en su asiento, frente a mí. Parece que quisiera decirme algo, pero no se atreve.

—¿Falta todavía mucho, doctor, hasta la frontera? Ustedes deben conocer mucho esta ruta... — Y sonrió en silencio.

—Sí, bastante... No es la primera vez que me destierran...

—Bueno... Yo le quisiera convidar una copa, doctor... ¿Quiere?

—Bueno... Gracias.

—Vamos al comedor...

Caía la tarde encendida por los rojos del ocaso. En el comedor bebían algunos mineros de rudos ademanes. Llenaba el coche el humo de los cigarros.

—Sabe, doctor, yo obedezco órdenes... Es ingrata mi misión... Y sé también que usted tiene amigos

y que no debe apenarse mucho por lo que le espera al otro lado de la frontera. Tal vez también vuelva pronto... Realmente mi papel...

—Hombre, hombre... Yo de usted no tengo ninguna queja. Como dice, cumple órdenes y nada más.

—Sí... Pero... Oiga doctor. Yo quisiera que usted confiara en mí y me pidiera algo que pudiera hacer. No crea que estoy encargado de sonsacarle. Para eso no me presto. Me refiero a otra cosa fuera de la política. Tal vez si usted en La Paz...

—No, no... Gracias... Pero... Quizá le dé un recado cuando crucemos la frontera.

Nos sirvieron otras copas.

—Salud...

—Salud...

—Y ya habíamos repetido muchas veces las libaciones cuando el tren se detuvo.

—La frontera...

—Pasaportes, señores, pasaportes...

Tendí el mío. El policía extranjero me miró con simpatía y esbozando una sonrisa me devolvió el documento, casi sin mirarlo.

—Gracias...

Otro tren jadeaba a la derecha.

—En ése regreso. Voy a entregarlo a mis colegas del otro lado...

Dos policías me miraron y me saludaron en silencio, después que mi guardián habló con ellos en voz baja.

—Bueno, doctor ¿y su encargo?

—Ah... Dígale al pasar...

Me detuve. ¿Qué mensaje podría mandarle a la Aurelia? ¿Cómo podría esa gente interpretar mi afecto, mi gratitud, casi mi amor por la cholita perdida en el ondular de la altiplanicie? ¿Y quién sabe hasta a qué vejámenes, a qué interrogatorios podría exponerla?

Piteó el tren que subía. Piteó el tren nuestro que bajaba.

—Bueno, doctor, hasta la vista. Veo que usted desconfía de mí. Y yo soy amigo de algunos de los jefes de su partido. Además soy un caballero, doctor. Y si hago de policía es porque... Sería largo de explicarle. Tengo muchos hijos, soy viudo. Hasta la vista, doctor... Y que tenga suerte.

Empezó a rechinar el tren. Cruzábamos la frontera. Contemplé los hitos que se alzaban hieráticos.

Después la noche envolvió al convoy. Noche inmensa, negra como el odio, como la pena.

A lo lejos, quien sabe dónde, temblaba una luz como una estrella.